

## Federico García Lorca

*Federico García, Federico García, dormido entre los claveles,  
tu sangre moja mi cuerpo y mis pies buscan tus raíces.*

*Entre las tinieblas donde se debate el dragón verde de las estrellas  
he sentido aproximarse tus manos rojas y ardientes como brasas.  
Ellas tocaron dulcemente mi corazón con sus dedos encendidos  
y no sé qué inmensa marejada de suspiros subió hasta mi frente.*

*Tu agonía, mía, de todos los que miramos el ocaso del bosque,  
el suplicio de los ríos, la columna rota, la escala caída,  
tu agonía, digo, era como rojo caballo constelado,  
como toro fugitivo, como cristo de agudo rostro primitivo.*

*He buscado tu vida muerte de imposible vivir muriendo  
transfigurada en el corazón de la primavera.  
Ya tus hongos, tus lágrimas, tu desnudo y tu siniestro hueco  
florecen tibiamente en horas de anunciaciones.*

*Hoy he visto cómo cuatro arcángeles morenos y desnudos  
levantaban sobre tu cuerpo la Rosa de los Vientos.*

Juan Liscano

### La muerte no era suya

¿Es cierto, cierto, lo de García Lorca?  
(De una carta de Miguel Hernández)

*No lo sabemos de momento y nada  
nos hace sospechar, pero la muerte  
es el abrigo aquel de cuando niños  
que nos estaba grande porque era  
del hermano mayor. Transcurre el tiempo  
y el abrigo se adapta a nuestros hombros,  
nos llega a media pierna, nos ajusta,  
nos cruza por el pecho y es lo mismo  
que si fuera cortado a la medida.*

*Luego lo paseamos por las calles  
de la vida. Esquivamos las miradas,  
nos cambiamos de acera y aun les damos  
esquinazo a las gentes. Todos saben  
que el abrigo no es nuestro, pero queda  
tan propio, que ya nadie nos pregunta  
y la tela se torna un envoltorio  
casi igual que la piel, tan necesario  
como de haber nacido con él puesto.*

*Nunca es nuestro el abrigo, nunca es nuestra la muerte, pero sabe conquistarnos, tantos méritos hace que consigue que poco a poco en ella confiemos dejando que su paño nos abrace y un buen día caemos en la cuenta de que estamos del todo a merced suya y nada de nosotros ya se mueve si no es con su sombrío movimiento.*

*«Da a cada uno, oh Dios, su propia muerte». ¿No es esa la oración, Rainer María? ¡Qué hermoso! Y, sin embargo, no es verdad que cada uno tenga ya asignada una muerte, un abrigo, como si de un almacén de ropa se tratase y alguien fuera buscando la etiqueta donde están nuestras señas personales, nuestro nombre perfectamente a punto. Nunca es nuestra la muerte: siempre extraña, siempre un traje vacío, una sorpresa, una cruel atribución, un canje, una certera crueldad. Acaso un verano imprevisto el viento sopla seco, estepario, horrible, como un ciego vendaval amarillo, como un sordo tropel de reses negras, como un mudo torbellino de espadas y rencores.*

*«Cierra la puerta...» Pero arrecia el viento y golpea ventanas, troncha ramos, abate girasoles y sitúa cuchillos en las manos y en las bocas sarro y espuma y hiel regurgitada. «Déjala, no es la tuya...» Orfeo canta todavía, y aún es cristal sonoro que se quiebra con un solo sonido. Pero la muerte no será una rosa.*

*Y el niño que sabía que era grande aquel abrigo, huye entre tinieblas pues que se desplomó su cielo claro. Busca un ala de lágrimas o a Eurídice, unas manos, quizá, de madre, un beso y no quiere ponérselo y se pierde tiempo abajo, desnudo... (era la mala muerte). Se alza imperfecta la existencia y se ha quedado solo entre fusiles.*

*Luego se fue lloviendo lentamente,  
una canción, un verso, un llanto antiguo  
moldearon la muerte a su figura.  
Al fin y al cabo nos convence y mira  
tan a los ojos que acabamos por  
asemejarnos a la propia muerte.  
Las piedras aprendieron a escuchar  
y perduró lo frágil con su vuelo.  
La noticia, ya cierta, fue una cita  
y el abrigo por fin le quedó justo.*

Leopoldo de Luis

## Homenaje a F. G. L. en el ochenta aniversario de su nacimiento

*Es Gala quien presenta el homenaje;  
palabra de navaja  
barbera  
—amansada con tiento  
en sedas afectuosas—.*

Federico,

*sonriente y un poco  
tímido —con los años  
se le hizo submarina la alegría—,  
asiste  
benevolente al acto,  
por su frente  
pasan cuadros nocturnos,  
en orlas de brillantes bambalinas,  
que las cálidas frases  
de Antonio Gala mueven  
con taumatúrgica destreza.*

Hay

*un silencio de muerte o de respeto  
entre los asistentes.*

Han venido

*casi todos los viejos compañeros  
de versos y parrandas.*

Alexandre

*—de pie para mostrar que está más joven  
que antes—,*

*Guillén —con su ventana  
y su luz malagueña—,*

Diego —asido

*a su propia figura como yedra—, Laffón,*